

SOBRE EL CUERPO Y LA ALEGRÍA

R.P. Dr. CORNELIO FABRO

El hombre, desde que existe, está siempre en búsqueda de una solución del misterio de "su" ser. «El ser es, y el no ser no es» ha dicho Parménides¹, y nadie, ya sea realista o idealista, pudo dudar de la verdad del ser del ente, sobre su origen y sobre su desenlace, sobre el sentido de la aventura del ser en la existencia. Y ningún ser está más cercano al hombre que el suyo, y en ningún ser él se interesa tanto como en el propio, en la parábola temporal que lo despliega; en este preguntarse a sí mismo por sí mismo, en la búsqueda de una respuesta para sí mismo, surge en el hombre la atmósfera de su yo incomunicable que se eleva en el gozo y se repliega en la melancolía.

Y el ser del hombre es, ante todo, su vida, la multiforme constelación de la existencia con sus altibajos de salud y enfermedad, que proyectan en el escenario la incógnita de la muerte. El ser del hombre es, ante todo, este latir como testimonio de su propia presencia; porque el hombre no puede no quererse a sí mismo, no puede rechazar el cálido flujo de la vida que sube hasta a la conciencia y le testimonia su individualidad.

Entonces, ¿qué es el "cuerpo", el ser del cuerpo? Las ciencias biológicas ofrecen hoy, sobre nuestro cuerpo, un panorama de sorprendente vistosidad dentro de una no menos sorprendente complejidad que empuja a la investigación científica en direcciones de pruebas y de hipótesis siempre nuevas, sobre la arquitectura última de sus piezas, y sobre la naturaleza íntima de sus fuerzas primordiales que obran en él. Este es el cuerpo que es "parte" del Mundo, mundo también él, a pesar de que sea de una contextura distinta de aquella considerada hasta ahora.

¹ Fr. B 2; Diels I, 231,9.

DÍALOGO

De todos modos, es por sí extraño al análisis existencial, exquisitamente espiritual, al cual importa no tanto las estructuras y las fuerzas biológicas en su objetividad, cuanto aquello que el cuerpo "puede ser para la conciencia" obligada a actuar los límites de la existencia, en el mundo que la angustia por todas partes.

Visto desde este ángulo, el cuerpo se revela ante todo como un intermediario entre la conciencia y el mundo, como aquello por cuyo medio la conciencia se asoma sobre el mundo, pone allí su acción y recibe influencias incesantes. El desarrollo técnico moderno, es cierto, restringe siempre más el empleo del cuerpo y reduce la "mano de obra" en proporciones siempre crecientes, pero no podrá jamás suprimirla del todo. Aun cuando todo el dinamismo de la vida exterior se concentre en un gigantesco sistema electrónico en el cual la puesta en marcha no comporte más que la simple presión de un minúsculo botón, éste deberá ser tocado en un determinado momento por el hombre y sólo lo podrá tocar con alguna extremidad de su cuerpo. Y por eso la vida individual inmediata jamás podrá quedar confiada a las máquinas. El ejercicio de las funciones fisiológicas, y cuanto -agrade esto o no- directamente pertenece a ellas, tiene que ser realizado por cada uno por su cuerpo, por su "propio" cuerpo; no existe ninguna posibilidad de sustitución y las protestas del orgullo son vanas e irracionales. Cuando el cuerpo lo quisiese rechazar, peor para él, pues se arruina la existencia del Yo entero. Inicio y dueño de la técnica, el cuerpo no es para sí mismo sino para el espíritu que lo mueve. Y junto al ser del espíritu en el cuerpo ¿cuánto no debe -mejor aún ¿qué hay que no deba?- a las condiciones reales, a la "situación" del cuerpo?

El cuerpo puede convertirse para la conciencia en el intermediario para obrar en el mundo en cuanto él es para la conciencia la posibilidad de 'advertir' la presencia del mundo; es el centinela que transmite a la conciencia, momento a momento, las informaciones de las condiciones reales del mundo. Como instrumento de la "sensibilidad" el cuerpo mueve el Yo a la primera forma de conciencia; y el sentir, en cualquier forma suya, es condición imprescindible de la presencia a la conciencia, del mundo, del mismo cuerpo, e incluso del Yo. Que el mundo esté presente, que tenga también su "estar ahí",

incluso cuando no produce en mí ninguna impresión, es un hecho del cual no puede dudarse. Ahora bien, aun cuando el mundo por su cuenta está presente aquí y ahí, sin embargo, no lo está para mí; para mí se hace presente sólo mediante el acto de sentir y en el instante de sentirlo. Que, además, el mismo cuerpo, aún cuando nada sienta, sea y de hecho me pertenezca también cuando no lo siento, igualmente es un hecho certísimo que puedo constatar cada vez que me despierto de un plácido sueño sin sueños. Durante aquel sueño, el cuerpo estaba también ahí, y era mío, pero no estaba presente para mí y era como si no fuese mío, hasta tal punto que si aquel sueño se hubiera prolongado indefinidamente, la presencia de mi cuerpo, sin duda, hubiese sido anulada para siempre.

Además el desvanecerse de la presencia del cuerpo, implica, en la vida actual, el desvanecerse del mismo Yo, mientras que el retorno de la presencia del cuerpo nos renueva el gozo de reencontrarnos. Nos rebelamos contra la hipótesis pitagórica de podernos encontrar en “otro” cuerpo; así como experimentamos una viva satisfacción cuando, después de los eclipses de la conciencia que fue presa de angustias densas y febriles, o después de otras sacudidas profundas de nuestro ser, logramos “reencontrarnos” y palpamos, nos movemos, contemplamos... estos miembros reconociéndolos como nuestros. Nada mejor que este reconocimiento nos da la prueba auténtica que hemos vuelto a la salud y a la vida. El ser del hombre es, por tanto, indudablemente, un “*ser en el cuerpo*”, y no un ser *del cuerpo* o *para el cuerpo*.

Todavía más, parece que sea el cuerpo quien a menudo marca el “ritmo” del ser humano que se desarrolla. Es un hecho que el movimiento de la conciencia es “atraído” por los estímulos, se llena de contenidos muy diversos en las varias etapas y épocas de la “formación” del cuerpo. El ser del cuerpo, entonces, es su poder estar aquí o allí, hoy y mañana, dentro del ámbito de una situación. Y es el poder sentir, con este sentido o este otro, este o aquel objeto; y es el poder “sentirse” del cuerpo mismo y del mismo Yo viviente en el cuerpo. Es el poder ser niño, adolescente, joven, hombre maduro, anciano... Es el poder estar sano o enfermo, de ánimo sereno o melancólico. Y es, finalmente,

DIÁLOGO

el "poder ser" de un sexo o del otro. A un cuerpo infantil le corresponde una conciencia infantil, con movimientos, intereses y proyectos infantiles: *cuando era niño, pensaba como niño (1Cor 13,11)*; al cuerpo rozagante del adolescente, corresponde una conciencia exuberante lanzada hacia el futuro de realizaciones imponentes; al cuerpo del hombre maduro y del hombre que declina, le corresponde la conciencia prudente de quien mide los proyectos de acuerdo a las posibilidades reales. Las crisis del cuerpo son a menudo pruebas y crisis del espíritu, aun cuando nada autoriza a convertir el espíritu en una función del organismo. Es un hecho que las actitudes más personales de gozo y tristeza, de temor y esperanza, las comunicaciones del amor y las turbias explosiones de la pasión, como también los proyectos, la acción y la entera visión del mundo, tienen resonancias corpóreas diversas en las distintas fases de la vida.

En fin, y aún más íntimamente, el cuerpo caracteriza al individuo en lo que forma su incomunicabilidad sustancial y social. Cada uno es un individuo, está señalado y reconocido como un singular porque tiene un cuerpo, uno sólo y tal cuerpo -el suyo-inalienable. Las dos fechas o puertas, entre la cuales transcurre la existencia; la vida y la muerte, se relacionan sobre todo con el ser del cuerpo, al cuerpo como algo propio, y por esas dos veces el cuerpo es mío, tuyo, suyo... no admite sustitución alguna.

El cuerpo, para el cual es posible la existencia que nace y muere, representa y lleva en sí, por muchos aspectos, el exterior de aquella historia de la cual la conciencia entreteje con sus movimientos el interior. Y el cuerpo nace y crece para el individuo, como "hombre" o "mujer", y se es hombre o mujer sólo por el cuerpo. El nacer hombre o mujer no es un hecho indiferente para el ser del individuo; no es una circunstancia que influye solamente en la constitución anatómica del organismo, sobre la fisonomía de los miembros y sobre la diversidad de las funciones biológicas, sino que lleva en sí una condición de ser que orienta rápidamente, hacia dimensiones obligadas, el movimiento de la conciencia que debe "proyectarse" para el futuro. El horizonte de las posibilidades reales del ser humano, aun permaneciendo inclinado hacia muchos aspectos siempre ilimitado, queda, precisamente por el

cuerpo, cualificado de modo irrevocable para ciertas posibilidades más fundamentales.

Por muchos aspectos se puede decir que lo corpóreo sustenta y alimenta lo psíquico y no es extraño que lo somete a su impulso. Para el espíritu, lo corpóreo es también fuente de sufrimiento y de tentaciones, más o menos grandes y angustiantes, ellas revelan, como ninguna otra situación, la naturaleza del Yo, tanto en su singularidad infranqueable como en sus posibilidades. Pasar a través de su crisol, es con frecuencia, ver un más allá del ser ordinario que de otro modo sería inaccesible. Y si para los débiles tales pruebas pueden ser un escollo que lleva al naufragio, para los fuertes se convierten en estímulo para la purificación interior que eleva el alma a la sabiduría y la bondad. Para todos constituyen la revelación del individuo en el estado de aislamiento y de desolación más radical. «Verdad es que a mí me tiene espantada y lastimada, que hartas veces me quejo a nuestro Señor lo mucho que participa la pobre alma de la enfermedad del cuerpo; que no parece sino que ha de guardar sus leyes, según las necesidades y cosas que le hacen parecer. Uno de los grandes trabajos y miserias de la vida me parece éste, cuando no hay espíritu grande que le sujete; (...) De esta manera estaba yo entonces, aunque ya en convalecencia; mas la flaqueza era tanta, que aun la confianza que me solía dar Dios en haber de comenzar estas fundaciones tenía perdida»².

Y es precisamente por esto, por tanta pena física y moral que se refiere al cuerpo, que nace la más pura alegría en la victoria del espíritu que en la enfermedad entrevé un atisbo de la salud superior y en la angustia puede constatar el paso hacia una certeza ulterior más válida. Hay una alegría inmediata, la del centelleo de la naturaleza a nuestros sentidos, el gozo inagotable de las “formas” que entretejen el eterno cántico de la vida. Y existe la “alegría recuperada”, la que nace de la perspectiva del Bien y de la Belleza, que se abre solamente a través de la puerta del dolor del cuerpo y del martirio del tiempo como inefable nostalgia que es ya una “presencia inicial” del Amor esencial.

² SANTA TERESA DE JESÚS, *Fundaciones*, c.29,2-3.